

Estimados amigos y colegas:

Hace poco más de un mes, recibí la invitación de los promotores de este homenaje que se rinde a la profesora Concepción Blasco Bosqued en vísperas de su jubilación para que glosara la trayectoria científica y académica de la homenajeada y les confieso que me costó aceptar tal honor por el miedo de no estar a la altura de las circunstancias. El problema no radicaba, naturalmente, en los méritos abrumadores –como luego veremos– de la doctora Blasco, sino en la torpeza del escritor, pero al final, como no podía ser de otra manera, acabó imponiéndose el deseo de acompañar a tan querida compañera en este momento especial de su vida.

Dicen los tratados al uso -que los hay– que los discursos en agasajos de este tipo exigen una mirada retrospectiva, que repase la carrera completa del homenajeado. Sin embargo, aunque conozco a Concha desde que nos presentó Ignacio Barandiarán en el Congreso Arqueológico Nacional de Jaén, nada menos que en 1971, apenas sé nada de sus años en la Universidad de Zaragoza al lado de don Antonio Beltrán más allá de que escribía sobre iberos, cerámicas excisas del Redal y arte levantino. Sí puedo contar, en cambio, para estupor seguramente de la propia Concha, que por aquel entonces yo no solo sabía de su existencia sino que sentía verdadero temor a un posible encuentro con ella. La culpa la tenía su suegro, mi querido profesor de Historia de América, don Demetrio Ramos Pérez, quien dirigía la Casa-Museo de Colón en Valladolid y tenía la costumbre de encargar a sus alumnos de 5º de carrera pequeños trabajos sobre algunas de las piezas que allí se exhibían. Recuerdo haber clasificado entonces junto a un amigo común de Concha y mío, Alfonso Moure, una colección de cabecitas teotihuacanas, pero “mi pieza”, la de mi trabajo acabó siendo una bellísima vasija policroma nazca de tipo máscara. Inopinadamente el trabajito de curso de marras apareció editado en la revista “Cuadernos precolombinos” y yo anduve acomplejado muchos años, e incluso atemorizado, ante un posible cara a cara con Concha que, a decir de don Demetrio, era la máxima autoridad en aquellas cerámicas.

La cosa no llegó a mayores y Concha no sólo no me amonestó sino que se convirtió en una entrañable amiga desde mi llegada a Madrid a finales de los años 70, cuando descubrimos la afinidad de nuestros empeños (ambos interesados en la Prehistoria reciente de la Meseta) y cuando juntos libramos todo lo discreta y deportivamente que se pudo las inevitables oposiciones a Adjunto y Catedrático. De entonces data una amistad leal y sincera entre nosotros, sin el menor altibajo a lo largo de casi cuatro décadas, la cual explica mi presencia aquí esta tarde. Pero, me pierdo en detalles banales y debo ir al grano porque mi papel hoy en este acto es el de *laudator* y todavía no he hecho un solo elogio de la doctora Blasco pese a sus inúmeros méritos como investigadora y como maestra de prehistoriadores.

No creo que recién llegada a la Universidad Autónoma, en 1973, la profesora Blasco pudiera siquiera sospechar la dimensión que llegaría a alcanzar su obra sobre la prehistoria reciente de los areneros madrileños. Decenas de excavaciones y tres centenares de publicaciones jalonan una tarea titánica en la que los objetivos han ido variando de acuerdo con las tendencias a las que a lo largo de cuarenta años se ha ido plegando la arqueología. Hoy puede parecer ingenuo incluir entre los méritos iniciales de Concha Blasco la definición de las “culturas arqueológicas” que configuran la secuencia prehistórica de las cuencas del Manzanares, Jarama y Henares entre el III milenio y la conquista romana, pero es evidente que sin ella, sin ese marco clasificador, difícilmente hubiera llegado a existir una herramienta tan importante patrimonialmente como el Inventario de Bienes Arqueológicos de la Comunidad de Madrid. Dicho esto, la batería de temas analizados desde la Autónoma bajo la batuta de Concha sería interminable y a cual de mayor interés: aprendimos con sus trabajos en Caserío de Perales y Getafe sobre el complicado funcionamiento de los “campos de hoyos” del Bronce Final; se nos permitió rastrear gracias a los documentos de Los Berrocales la evolución de las costumbres funerarias entre el Bronce Antiguo y Cogotas I; accedimos a analizar, a partir de los datos de Fuente el Saz, los cambios en el patrón de asentamiento y en las formas de vida de los albores de la Edad del Hierro; se recuperaron informaciones que creíamos definitivamente perdidas a través del estudio de la Colección Bente; se hizo la luz sobre los cambios tecnológicos y tipológicos operados en la metalurgia del Cobre y el Bronce o, aprovechando el centenario del descubrimiento de la necrópolis de Ciempozuelos, se nos brindó la ocasión de acceder a un nuevo estado de cuestión sobre el horizonte del Vaso Campaniforme en uno de los sectores que Alberto del Castillo considerara crítico en su pionera tesis doctoral. Pero la guinda, como bien saben todos ustedes, acabó por ponerla el yacimiento de Camino de Yeseras, observatorio de excepción desde el que Concha y los suyos, con la colaboración en este caso inestimable de las empresas Argea, Pagarel, Trébede y Gestión de Patrimonio, han casi viviseccionado una serie de hechos y de problemas -el fenómeno de los recintos de fosos, el elitismo y exotismo de los ajueres funerarios Ciempozuelos, el desdibujado tránsito precampaniforme/campaniforme en el Cobre regional, el simbolismo de los depósitos de animales, etc.– auténticamente capitales de cara a descifrar la complejidad calcolítica en el centro de la Península.

Me entretuve estos días reflexionando sobre la buena acogida que siempre se dispensa a los trabajos científicos de la doctora Blasco, así como sobre lo bien que envejecían la mayoría de sus publicaciones, y me pareció encontrar la clave en el equilibrio de su estructura, concediendo prácticamente el mismo peso a las fuentes arqueológicas que a su interpretación. En la actualidad, acaso por la distancia cada vez mayor habida entre

Arqueología de Campo y estudiosos, existe cierta propensión a relegar a los documentos a un segundo plano en favor de las teorías, corriéndose el riesgo de olvidar que los yacimientos son lo único objetivo que sobrevive del pasado. Concha, sin renunciar jamás a la teoría ni a la interpretación, reivindica con firmeza el documento y se alinea en ello de algún modo con su paisano Ramón y Cajal capaz de afirmar, con su conocida retranca, “que si por impulsos incoercibles forjamos hipótesis, procuremos al menos no creer demasiado en ellas”. Está claro que se trata de una “boutade”, que sin hipótesis no habría ciencia ni conocimiento prehistórico, pero todavía porfiaba don Santiago que “los grandes descubrimientos corren a cargo de los técnicos más primorosos” lo que, en nuestro caso, constituye un canto al trabajo de campo bien hecho y a la presentación rigurosa de los restos arqueológicos. ¿Cómo no reivindicar, llegados a este punto, el buen hacer de Concha, una técnica de campo primorosa, una excavadora que nunca ha dudado del interés de trabajar personalmente los yacimientos, de remangarse y de ensuciarse las manos de tierra, para presentar luego documentos propios como fuente de inspiración de sus trabajos? Me viene a la cabeza el recuerdo de cierto científico francés, un si es no frustrado, que defendía su trabajo apelando a la metáfora de que aunque la leche no fuera de sus ovejas, el queso con ella fabricado sí era un producto suyo. La gran ventaja de la investigación de Concha es que tanto las materias primas como el producto final han sido casi siempre propios, de manera que, aunque las teorías que alientan la interpretación periclitán antes o después, víctimas del paso del tiempo, los buenos documentos permanecen inmarcesibles.

La otra de las cualidades de la doctora Blasco que me gustaría destacar es su condición de consumada y esforzada maestra, siempre rodeada de alumnos, muchos de los cuales –estoy pensando, claro, en Javier Baena, en Joaquín Barrio, en Corina Liesau, en Paco Blanco, en Patricia Ríos, en Raquel Aliaga...– han acabado siendo profesores en su departamento. Y ser maestro no es una casualidad ni un regalo caído del cielo, sino el resultado de asumir una responsabilidad para con uno mismo y para con el prójimo. “Ser maestro –afirmaba Kierkegaard– no es resolver con afirmaciones, ni dar lecciones para estudiar... ser maestro es verdaderamente ser discípulo. La enseñanza comienza cuando tu, el maestro, aprendes del discípulo, cuando tu te instalas en aquello que él ha comprendido y en la manera como él lo ha comprendido, porque para auxiliar verdaderamente a alguien debo estar mejor informado que él y tener la inteligencia de lo que él comprende”. Tu también has sido, Concha, una campeona en el diálogo y en el trato con los alumnos, en el arte de transmitirles el conocimiento pero sobre todo de despertar sus mentes y de facilitarles las herramientas necesarias para que, como embrionarios epistemólogos, sean ellos quienes lo descubran y disfruten al hacerlo. Esa es, en suma, la oportunidad que a los

arqueólogos nos dan las excavaciones, nuestra particular palestra con vistas a hacer escuela y ejercer el magisterio. En la trayectoria profesional de Concha Blasco hay decenas y decenas de exigentes excavaciones, siempre premiadas por la renovación urbanística de Madrid; seguro que las disfrutó tanto como las sufrió, pero fue en ellas, y no en la tediosa filosofía del Espacio Europeo de Educación Superior, donde encontró la doctora Blasco la oportunidad de extraer lo mejor de sus alumnos, de guiarlos, de hacerles sentirse útiles y –como persigue cualquier programa educativo– de contribuir a la creación de una sociedad mejor y más justa.

Queridos amigos, he aquí, en fin, algunas de las muchas virtudes científicas y personales que adornan a la profesora Blasco Bosqued. A una arqueóloga de valía internacional instalada en la vanguardia del conocimiento prehistórico a la que el documento de plantilla de la Universidad Autónoma de Madrid anuncia el final de su vida académica. En cierta ocasión escuché de un juicioso campesino castellano que las personas comienzan a envejecer cuando pierden la curiosidad por las cosas. Cuando hace un par de semanas asistí involuntariamente a la conversación que manteníais Corina –siempre Corina– y tu en el Departamento, discutiendo la estructura del próximo trabajo sobre tumbas campaniformes, me dí cuenta de que tu ilusión y tu curiosidad permanecían intactas, lo que me hizo pensar que no había por qué preocuparse sobre la forma en que utilizarías tu tiempo a partir de ahora. No hace falta que nos cuentes tus planes. Continuas siendo una arqueóloga de cuerpo entero, sigues gozando en el desempeño de tu profesión, no dejas de tener esa enorme fuerza emprendedora que toda la vida te ha caracterizado, y no me cabe la menor duda de que, desde hoy, la investigación de la Prehistoria Reciente de los areneros madrileños será en tu caso ese *hobby* al que dicen hemos de aferrarnos los jubilados para cubrir el vacío de tantas horas libres como de pronto se nos echan encima.

En cualquier caso, quiéraslo o no, gracias a tu colosal trabajo, te has convertido en aquel admirado gigante que invocara Newton a cuyos hombros trepan los discípulos y los discípulos de los discípulos para escudriñar con ventaja el mundo en busca de nuevos retos. Algo que resume a la perfección un hermoso aforismo latino: “Aere perennior magistri doctrina”, la doctrina del maestro es más perenne que el bronce. Enhorabuena, admirada Concha, por esa existencia plena y rica que felizmente alcanza también a tu vida familiar. Y muchas gracias en nombre de tus compañeros y alumnos por haber invertido tan generosamente tu talento, tu talante y tu esfuerzo a fin de hacer más fácil y más grata nuestra vida.

Alcalá de Henares, noviembre de 2013

**Germán Delibes de Castro**  
Catedrático de Prehistoria  
Universidad de Valladolid